

Reseñas

Medusario. Muestra de poesía latinoamericana. Selección y notas de Roberto Echavarren, José Kozer y Jacobo Sefamí. México: Fondo de Cultura Económica, 1997.

Medusario -dicen sus compiladores- no es una antología sino muestra de poesía latinoamericana. Ya la cautela es crítica y recuerda aquello de “explicación no pedida: acusación manifiesta”. Los editores insisten: no sólo es muestra sino muestra provisional, primera entrega de una serie. La voz *Medusario* evoca un catálogo de medusas, un museo de animales marinos o un vivero de seres mitológicos. Pero muestra o cala, *Medusario* funciona como antología o, al menos, así la apellidó el lector para convencer a los editores de que la contrataran. Incluye 22 poetas americanos -número cabalístico- de lengua española y portuguesa, de Argentina, Brasil, Cuba, Chile, México, Perú, Paraguay, nacidos casi todos en las décadas de los años cuarenta y cincuenta. El número 22 hace pensar que esta antología es un alfabeto o una baraja en la que cada poeta es un signo, una síntesis plural y una sola sombra, una medusa.

Muestra o antología, nos encontramos ante una selección guiada-una idea militante y beligerante, crítica -por una cierta idea de la poesía, y no sería escandaloso afirmar que se trata de una antología manifiesto, una muestra con tesis, un museo poético que aspira a deslindar o postular en el seno del nuevo siglo de oro que vive la lengua española, una clave o un canal: el verso neobarraco o neobarroso. Desfile de sílabas, de palabras vueltas máscara del tiempo, *Medusario* llama la atención del observador por su afinidad con otras manifestaciones artísticas y críticas, por ejemplo como los ensayos de la naturalización de Borges en el ejercicio de la literatura latinoamericana, Severo Sarduy o las exploraciones que el filósofo ecuatoriano radicado en México, Bolívar Echeverría reunió en el simposio sobre la modernidad y el ethos barroco de América Hispana. O con los ensayos críticos de la brasileña Irlema Chiampi sobre José Lezama Lima-santo patrón de esta procesión que es teoría, de este desfile que es discurso-. Hay en el estilo barroco, para estrechar a Lezama del La expresión

HPR/115

americana, un movimiento envolvente capaz de reflejar con fidedigna puntualidad los procesos profundos de la historia y la intra-historia iberoamericana. El barroco contendría el ápice de lo americano, para sentenciarlo en una sola frase. Pero *Medusario* quiere ser más un hijo del tiempo y de la historia que de la geografía.

Es una antología fraguada por una persona colectiva-la medusa compueta por Echevarren, Kozer y Sefamí. En una ciudad de sílabas híbridas, analecta danzarina que renuncia a la neutralidad profesoral para introducir honestamente el beligerante principio de Heisenberg al hacer del observador, materia de la observación, como consta en el hecho militante y partisano de que Echevarren y Kozer participen en ella como voces y comentarios: texto y metaexto o en el hecho de que uno de los poetas incluidos sea a la vez editor, lector incluyente. *Medusario* no sólo es formal, experimental, sino aún, digamos con voz cara a J.R.J. ideológica. Gerardo Deniz, Rodolfo Hinostroza, Mirko Lauer, David Huerta, Marosa de Giorgio, Raúl Zurita, Haroldo de Campos, Coral Bracho, Eduardo Espina, José Kozer comparten, es obvio, un tiempo poético, una edad crítica, y de hecho las 11 parejas de poetas que se alían en la antología engendran aquí un nuevo ser: la medusa poética latinoamericana cuyo rostro el Teseo lector habrá de confrontar a través del espejo de la crítica si no quiere verse devorado por ella. Estamos hablando, sí, de una palabra infecciosa, de una voz que cunde a la vez unánime y multánime. Se da en *Medusario* una alianza pues que las medusas son híbridas personas, monstruos, pero es alianza que aquí prospera.

Nuestro maestro Pedro Henríquez Ureña nos advertía ya en uno de sus 6 ensayos en busca de nuestra expresión que había una América buena y una América mala. En *Medusario* se celebrarán, según este lector, las bodas entre una y otro, y más que antología el libro sería el tálamo nupcial de sus palabras.

La América mala ¿es necesario recordarlo? Es (según Pedro Henríquez Ureña y el lugar común que él estrecha) la América *exhuberante* y tropical, profusa y palabrela. La buena América sería la sobria y taciturna de los altiplanos, la América mediatubunda de esas ciudades del otoño eterno que son, de un lado, las ciudades de los

HPR/116

altiplanos (México, Quito, Lima), del otro las brumosas y metafísicas metrópolis porteñas.

En esta visión de *Medusario* como boda, hay otro rizo, otra vuelta de tuerca pues que lo que aquí se soluciona (líquida la medusa auspicia soluciones) es el encuentro entre lo bueno de la América mala y, para seguir usando esa voz, lo malo de la buena: es decir la cohabitación de los escritores digamos más elaborados, espirituales e intelectuales del Caribe y de los poetas del sur metafísico desvelados por reconciliar con el cuerpo, la infancia y los sentidos. Es la alianza entonces de los barrocos y los barrocos, de lo barroco en lo barroco, de las sensibilidades inteligentes y de las inteligencias sensitivas. El tablero de las oposiciones que fascina al antropólogo que guía a este lector desde luego podría prolongarse a otros ejemplos: movilidad/inmovilidad; masculino/femenino; condensación/exhuberancia; endoverciones y extoverciones. Pero por el momento detengámonos en una *constancia* si los editores-antólogos se han guiado en la realización de este jardín palabral por un criterio, digamos, forestal.

Medusario no es un espacio textual exento de museografía: la selección se enmarca en prólogos, pero sobre todo en los diversos críticos que, como apostillas o pies de foto, sitúan las diversas pinturas que componen esta exposición que contiene su física y su metafísica, sus flores y su botánica. No son del todo prescindibles pues enuncian los modos de empleo que han de observarse al echar mano de esta farmacia poética (404) o José Kozer (314).

Medusario no sólo expone entonces una cala en el bosque poético americano sino que también manifiesta una caja de herramientas críticas, un conjunto de recursos de autoconservación literaria. Es *Medusario* sin duda, algo más que una antología o una cala experimental del continente, o la postulación de un ejercicio mayor de ortografía de los heterógrafos poéticos latinoamericanos. Representa un signo expresivo de la madurez de una generación poética y literaria y una prenda vigorosa de que al bosque (a la silva) le aguarda una nueva vida perdurable.

No sabría hablarse del bosque sin tocar la madera. ¿Hay un tropo común, uno o unos relatos compartidos, un denominador asunto

HPR/117

conjunto, un haz de motivos en esta selección de sintaxis latinoamericanos de fin de siglo? Acaso sí: del narcisismo y sus caleidoscopios al ensimismamiento del cuerpo en el texto, del autorretrato al tatuaje y al tajo como autobiografía, de los antepasados genealógicos a los ancestros del yo, el tema de la primera persona en movimiento como método de la declinación y la conjugación; de la autobiografía al canibalismo.

Signos del tiempo: el fragmento de Osvaldo Lamborghini de “El niño proletario” (29) recuerda moralmente la escena en un prostíbulo árabe en la novela del venezolano José Balza en *Después de Caracas*.

Otro armónico que se desprende del teclado de *Medusario* es el de la dialéctica, exilio/arraigo, viaje, inmovilidad: cala de una América cosmopolita, de una América peregrina errante que busca en el idioma renovado y recreado una semejanza que es imagen, una afinidad que es visión del mundo, parecidos que fraguan un panorama, canon vanguardista que para estabilizar habría que contrastar con otras antologías, como por ejemplo la reciente de poetas latinoamericanos compilada por Saúl Yurkievich para Stock.

Libro de libros leídos, obra de lectores y de lectura, *Medusario* es desde luego una summa, una recapitulación de auroras, una summa del Renacimiento laberíntico de América Latina.

Adolfo Castañón
Fondo de Cultura Económica